

Estadísticas, Bienes Raíces y los Principios de Guerra:

El porque no existe una Teoría de Guerra Unificada

Dr. Jan S. Breemer

Calicratus: Tú y yo somos hombres afortunados. Hemos presenciado el cambio en el mundo.

Eupolis: ¿Qué significa esto?

Calicratus: Lo nuevo, lo que cambiará el mundo, es que una vez que nos hayan derrotado, no nos dejarán ir. Destruirán nuestro ejército, cueste lo que cueste. He estado pensando acerca de esto desde el momento en que hemos estado encerrados aquí y no recuerdo un momento similar en la historia. Estos hombres no sólo quieren ganar la batalla, erigir monumentos y considerarse grandes héroes. Nos quieren matar y desean hacerlo tan eficazmente como sea posible.

SI CALICRATUS HUBIERA tenido conocimiento de los principios de guerra, podría haber informado a sus compañeros de armas que sus enemigos habían cambiado tales principios.¹ El diálogo mencionado arriba, en el relato escrito por Tom Holt respecto a la última batalla de los atenienses en contra de los siracusanos en el año 413 A.C., es una obra de ficción; sin embargo, el acontecimiento es real.² Incesantemente acosado por sus enemigos—Calicratus y Eupolis—junto con miles de soldados atenienses, se habían refugiado en un olivar rodeado por un muro. Fueron atacados continuamente con jabalinas, flechas y al rendirse, los sobrevivientes fueron vendidos como esclavos.³

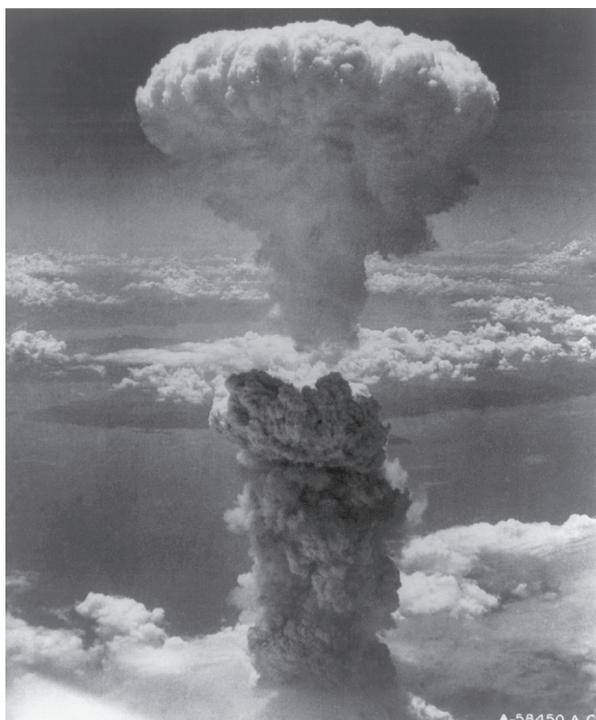
Desde la perspectiva de los atenienses, la matanza en el olivar fue un tipo distinto de guerra. Un ejército acostumbrado a combatir en las guerras para lograr objetivos limitados, enfrentó un enemigo con una meta ilimitada. Victor Hansen observó que para los griegos clásicos la batalla significaba que después de aproximadamente una hora de intenso combate cuerpo a cuerpo la victoria era lograda por el ejército que mantenía el control sobre el campo de batalla. Los vencedores ganaron el derecho de edificar un monumento; los derrotados huyeron, abandonando la mayoría de sus armas, pero sin temer ser matados por los victoriosos ya que éstos se sentían igualmente agotados.⁴ En el año 413 A.C., los siracusanos violaron las reglas. Habían conquistado a los atenienses respetando las “normas” de guerra,

El Dr. Jan S. Breemer es Profesor de Toma de Decisiones de Seguridad Nacional en la Escuela Superior de Guerra Naval en Monterey, California. Ha publicado una variedad de artículos que tratan con cuestiones de seguridad nacional e internacional, incluyendo la más reciente publicado, “Chasing U-Boats and Hunting Insurgents: Lessons from an Underhand Way of War” en el número de invierno de 2006 de Joint Force Quarterly.

pero decidieron eliminarlos de una vez por todas.⁵ Aniquilaron a los atenienses y al hacerlo violaron otro precepto de la guerra—en vez de combatir de acuerdo a “las normas occidentales de la guerra,” cuerpo a cuerpo empleando lanzas y espadas, los siracusanos bombardearon cobardemente a los atenienses usando armas a larga distancia.⁶

Cada guerra es diferente

La guerra, en términos de su naturaleza y conducción, nunca ha sido constante. La mayoría está de acuerdo con esta perspectiva, pero sólo en términos de su conducción y no su naturaleza. Mi punto de vista es diferente: Cada guerra es completamente distinta en términos tanto de su conducción como de su naturaleza. La esencia de las insurgencias es sumamente diferente a la de las guerras convencionales—y ambas son completamente diferentes a la guerra nuclear. La distinción entre las tres formas radica en la relación entre la política y la violencia. Es lógico sostener que la serie de ideas clasificadas como “los principios de la guerra”, aplicables a una concreta “categoría” de guerras, pueden ya sea tener poca o ninguna trascendencia con respecto a las demás debido a que éstas tienen sus propias normas. Se debe tener



Nagasaki, Japón, después de la explosión de la bomba atómica, 9 de agosto de 1945.

en cuenta otro hecho ya que los principios de la guerra no sólo varían *entre* los diferentes tipos de guerra sino también pueden modificarse *durante* su conducción. Algunos principios que parecen bien sólidos hoy no significaban nada anteriormente; a la inversa aquéllos que no reconocemos hoy pueden ser el centro de las futuras doctrinas militares.⁷

¿Cuáles son los llamados principios de la guerra? Existe una serie de definiciones de la palabra “principio” en el diccionario tal como “axioma,” “norma,” “ley” y otros sinónimos. Cualesquier sean estos, no tienen el mismo estatus por así decirlo que los preceptos científicos. Ni el estudiante de ciencias militares más dedicado sostendría que las normas de guerra pueden describir, mucho menos pronosticar, los fenómenos que son sin duda reales. Podemos sostener que manifiestan las tendencias con respecto a la conducción de la guerra—las cuales pueden tener un impacto en el proceso de toma de decisiones militares tanto a nivel estratégico como operacional.

Los principios de guerra son un tanto similares a las declaraciones de probabilidad estadística. En este campo la serie de valores es expresada por medio de curvas. Las curvas muestran que mientras los valores son recolectados de una “población normal,” casi un 70% de los mismos yacen en una desviación estándar del valor medio en la serie. Supongamos, por ejemplo, que comprar una casa en un vecindario cuesta un promedio de US\$200.000 y que la desviación estándar es de US\$30.000. Esto significa que el comprador tiene un nivel suficiente de información, y no necesita pedir más para saber que la suma de US\$170.000 a US\$230.000 le garantiza un 70% de probabilidad de poder comprar una casa adecuada. Los principios de guerra cumplen un papel similar. El comandante militar, al usarlos—basado en su experiencia y empleando un parámetro de igualdad de condiciones—sabe que es más probable que tenga éxito si respeta los nueve principios.

La analogía estadística, por supuesto, tiene un nivel limitado de validez. En primer lugar, los fundamentos de la guerra se basan en pruebas anecdóticas en vez de estadísticas. No obstante, vale la pena continuar la analogía. Supongamos que el comprador recibe información que un propietario necesita vender su casa rápidamente y por ende reduce el precio de su casa a uno inferior a lo establecido por el mercado de bienes raíces,

Biblioteca del Congreso de los EE.UU.

por ejemplo, a US\$160.000. El precio, en términos estadísticos, es menor que la desviación estándar del promedio. El comprador, con esta información, puede abandonar su estrategia de gastar hasta \$US230.000. Igualmente, el comandante militar que toma ventaja de una inteligencia especial acerca de los planes o disposiciones del enemigo puede—de hecho *debe*—violar las “reglas.” Los *panzers* alemanes, en mayo de 1940, hicieron exactamente eso ya que pudieron “con toda seguridad” violar los fundamentos de seguridad y avanzar velozmente, sin tener sus flancos protegidos, debido a que los comandantes de operaciones tenían un conocimiento claro acerca de la ubicación de sus adversarios—gracias a la superioridad aérea.⁸

Nuestra capacidad de usar datos matrices para deducir, extraer conclusiones y finalmente pronosticar la situación mundial depende de la validez de los datos—en otras palabras, si los mismos representan la “realidad” que nos interesa. Por lo tanto, saber que la mayoría de las casas en un vecindario se venden a un precio que oscila entre US\$170.000 y US\$230.000 no apoya al comprador que tiene interés en comprar algo en un área diferente. La cuestión de validez tiene igual importancia en cuanto

al estudio de la guerra. Las publicaciones estándares de doctrina militar reconocen que se modifican tanto la pertinencia como la importancia de las normas de acuerdo con las circunstancias; no obstante, recalcan que *las mismas* son “preceptos primordiales.”⁹ Existen, de hecho, otros fundamentos de guerra. Los mismos pueden servir al comandante militar como indicadores fidedignos sólo si son *válidos*; o sea, si son adquiridos de la misma categoría de batallas y guerras en las cuales está combatiendo. Los nueve principios de la guerra de las FF.AA. norteamericanas pertenecen en una “serie” particular de la guerra: La guerra convencional entablada por un Estado en contra de otro en la cual los participantes ponen en servicio ejércitos organizados llevando puestos uniformes distintos

para que puedan distinguirse de la población civil. Esto ha sido la manera Occidental de la guerra por muchos siglos, pero, durante las últimas décadas, se incluyeron dos sumamente distintas formas de guerra: la guerra nuclear y las insurgencias. Cada una tiene sus propias reglas.

Principios de la guerra nuclear

Sería arrogante que los estudiantes de la guerra sostengan que existe un único y estable conjunto de principios cuando las ciencias físicas todavía tienen que realizar el sueño de crear una Teoría del Todo.¹⁰ La creación de más especializaciones, cada una con sus propias reglas y preceptos, ha dejado una profunda huella en la historia de las ciencias. Presenciamos algo parecido en el desarrollo de los principios de la guerra nuclear, o más bien,

los mismos de la guerra no nuclear. En primer lugar, poco después de Hiroshima y Nagasaki, se consideraban las armas nucleares más que meras clasificaciones particularmente potentes de altos explosivos convencionales—sino más bien amenazaban a transformar la *naturaleza* de la guerra. Bernard Brodie expresó sus pensamientos acerca de las consecuencias de la misma ya en el año 1946 declarando que: “Hasta ahora, el objetivo primordial de las FF.AA. ha

sido el de ganar sus guerras. A partir de ahora, será el de prevenirlas. No puede tener otro objetivo práctico militar.”¹¹

Esta declaración simple se convirtió en el fundamento de nuestra filosofía subsiguiente con respecto a las armas nucleares. Esta creó el marco idóneo para el desarrollo de una serie de ideas acerca de cómo lidiar con el problema de la guerra nuclear. Las mismas que, debido a que trataban con la prevención de tal guerra, tuvieron que distinguirse completamente de los fundamentos antiguos. La amenaza de un holocausto nuclear, de hecho, parecía marcar el fin de la definición básica de la guerra creada por Clausewitz como un instrumento político. Algunos teóricos dedicaron grandes esfuerzos para demostrar la posibilidad de llevar

PRINCIPIOS DE GUERRA
Objetivo
Ofensivo
Economía de fuerza
Concentración
Maniobra
Unidad de Mando
Simplicidad
Sorpresa
Seguridad

a cabo guerras nucleares de manera controlada y limitada, pero al final, la mayoría estaba de acuerdo que las armas nucleares eran “diferentes,” y que tal diferencia consistía en un “umbral” entre los aspectos conocidos y desconocidos de la guerra, y que si cruzado, resultaría en el fin de la política tal y como la conocemos. Estos eran los aspectos que se convirtieron en el fundamento de otra serie de normas; cómo disuadir y evitar la guerra nuclear. Entre estas, los principios de tanto vulnerabilidad como invulnerabilidad mutua son esenciales.

El fundamento de vulnerabilidad mutua sostiene que para continuar la prevención de la guerra nuclear, ambos lados deben darse cuenta de la capacidad por parte del otro de causar un aplastante nivel de destrucción en contra de su población civil. Este es el contenido primordial de la Destrucción Mutua Asegurada (*MAD*). Aunque el fundamento de invulnerabilidad mutua parece contradecir la *MAD*, en términos lógicos, no es así. El fundamento sostiene que los dos lados tienen intereses en asegurar que el otro puede sobrevivir un ataque sorpresivo inicial y luego infligir un agobiante nivel de daños como represalia. La suposición subyacente es que, en caso de crisis, el lado cuyas armas nucleares podrían ser destruidas en un ataque sorpresivo tal vez se sentiría presionado a atacar primero lanzando sus misiles en vez de perderlos.

Estos principios juntos con una serie secundaria de normas que tratan con estos problemas y la cuestión de cómo controlar el nivel de intensificación de hostilidades, cómo advertir al adversario acerca de su voluntad de emplear armas nucleares etcétera, en muchos casos eran considerados rechazos de las verdades eternas. Dados los nuevos principios de vulnerabilidad e invulnerabilidad mutua, resultó ilógico llevar a cabo operaciones ofensivas. La invulnerabilidad mutua, de igual manera, rechazó el principio convencional de ataques repentinos o sorpresivos. Es importante reconocer, sin embargo, que las nuevas reglas de la guerra nuclear no reemplazaron las anteriores. Esto no era una modificación del paradigma kuhniano* ya que los nuevos preceptos señalaron la llegada

* El Dr. Samuel Thomas Kuhn (1922-1996) era un famoso historiador de ciencias en el Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT). Dedicó su vida intelectual principalmente al estudio de cuestiones acerca de filosofía, desarrollo de la ciencia y la estructura de las revoluciones científicas.

de una perspectiva más acreditada con respecto al fenómeno general de la guerra.¹² Los nuevos y los antiguos principios pertenecían a dos muy diferentes categorías de guerra: la nuclear y la de insurgencia, cada una con sus propios preceptos.

Principios de guerra en las villas miserias

A partir del año 1945, ha habido aproximadamente 12 conflictos que pueden ser clasificados como guerras convencionales entablados por Estados contra otros Estados. Los demás, en gran parte, han sido calificados como guerras interestatales llamadas rebeliones, guerras de guerrillas, insurgencias, guerras de liberación, etcétera. Se las consideran, conjuntamente, como guerras “no convencionales,” “irregulares,” y, más recientemente, “asimétricas.” En este artículo, prefiero emplear el término “insurgencia.”

La insurgencia es tan conocida como la guerra regular. Por ende, es probable que exista una serie de reglas particular y concreta, en cuanto a su conducción, pero no es así. La tendencia por parte de los profesionales militares ha sido la de considerar a las insurgencias como la excepción en cuanto a las reglas de la guerra, una anomalía que no debe ser permitida desviar nuestra atención de las guerras “reales” y sus normas “reales.”¹³ El estadístico clasificaría a las insurgencias como “aspectos fuera de la norma”—excepciones aisladas a la serie de acontecimientos normales y previsibles. La realidad es que las insurgencias están catalogadas en una categoría completamente distinta de la guerra. Combatir a los insurgentes según los principios convencionales de la guerra es igual a implementar las reglas que rigen los bienes raíces a las villas miserias.

Las insurgencias expresan una relación diferente entre la política y la violencia. Si se considera la guerra convencional entablada por Estados contra otros una extensión natural de la política internacional, y si la guerra nuclear eficazmente separa la política de la violencia, entonces las insurgencias demuestran la unión de la política y la violencia. En esta índole, la política es la violencia y la violencia es la política. Las insurgencias consisten en luchas por la soberanía interna; en realidad, las mismas son “gobiernos rivales.”¹⁴ El rechazo por parte del insurgente de la legitimidad del actual Gobierno, o régimen, significa que no

pretenden participar, por definición, en el proceso político “normal.” Su política, apenas, radica en tanto comprobar como reforzar la ilegitimidad del régimen. Su concreto objetivo operacional radica en socavar, mediante la violencia, los fundamentos más básicos de la soberanía y legitimidad interna: El monopolio por parte del régimen de la creación de leyes y el mantenimiento del orden.

Una implicancia es que la violencia insurgente está dirigida sólo incidentalmente contra las FF.AA. del régimen político. Esto significa que el objetivo del insurgente tiene menos que ver con lograr una ventaja operacional—o una “victoria” militar—que manifestar la vulnerabilidad del instrumento principal de soberanía interna del régimen. Esto significa que las medidas convencionales de la victoria o derrota, tales como el saldo de bajas y el terreno adquirido o extraviado, raras veces son importantes en términos de combatir insurgencias. En las guerras convencionales, los combatientes pretenden destruir la capacidad militar del otro; durante una insurgencia, los rebeldes quieren infligir dolor e imponer castigos. En cuanto al primero, el combate está concentrado en contra de la capacidad del enemigo de resistir; en cuanto al segundo, el objetivo consiste en socavar la moral del enemigo para que no continúe la lucha. La estrategia de los insurgentes incluye tres objetivos: atacar al régimen actual, principalmente a sus fuerzas de seguridad (incluyendo las de países foráneos); al Pueblo; y, en el caso de esfuerzos de países extranjeros que respaldan al régimen, apoyo popular internacional.

En cuanto al primer objetivo, la dificultad experimentada por ejércitos en mantener un elevado nivel de moral ha sido un tema continuo en la historia de combatir a las insurgencias. En primer lugar, el insurgente priva al soldado del régimen la satisfacción de saber que está alcanzando su “objetivo” al rehusar combatir según las reglas normales de guerra como por ejemplo continuar luchando a pesar del alto saldo de bajas considerado insoportable por los soldados convencionales. Segundo, la frustración creada debido a la falta de progreso y los métodos “sucios” empleados por parte de los insurgentes han provocado represalias violentas en contra de la comunidad. Puesto que cada insurgencia constituye una “guerra popular,” y que es difícil identificar a los insurgentes de los civiles inocentes,



El General Mauricio Ernesto Vargas de las FF.AA. salvadoreñas, a la derecha, abraza a Shafik Handal, Comandante del FMLN, tras firmar los Acuerdos de Paz de El Salvador en Chapultepec, Ciudad de México, el 16 de enero de 1992. La firma de este tratado puso fin a 12 años de guerra civil.

el segundo ha en gran parte padecido de las represalias del régimen. Consecuentemente el Pueblo tiende a culpar al régimen. Si la falta de progreso en el campo de batalla coincide con el creciente nivel de apoyo popular para los insurgentes (o por lo menos el creciente nivel de insatisfacción popular con el régimen), el tercer objetivo de la campaña insurgente para socavar la moral se vuelve vulnerable: el apoyo interno popular para los esfuerzos de los benefactores extranjeros del régimen. Dado que el nivel de interés del benefactor en el conflicto es menor que el de los insurgentes así también su tolerancia es casi siempre menor que la de los insurgentes.¹⁵ Cuando los tres objetivos de los insurgentes están realizados, el régimen sin duda alguna perderá el conflicto.

Esto produce cuatro principios bien definidos de insurgencias (aunque sin duda alguna existen más). Algunos son deductivos por naturaleza ya que consisten en las experiencias reales adquiridas durante insurgencias. Otros son los aspectos inductivos del precepto básico que, en esta categoría de guerra, considera a la violencia y a la política como una sola entidad.

- **El principio de lo moral.** Napoleón dijo que *lo moral es a lo físico como tres es a uno*. La continua capacidad por parte del insurgente de

dominar el ambiente a pesar de contar con menos tropas y una potencia de fuego inferior, y a pesar de sufrir una mayor cantidad de bajas, sugiere que, en cuanto a las guerras urbanas, la relación entre los dos aún favorece lo moral. Lo mismo se puede sostener para las fuerzas que combaten a los insurgentes: La voluntad moral de continuar la lucha tendrá un mayor impacto que lo físico. Además, como socavar la moral de su enemigo es la prioridad principal del insurgente, minar la moral de los insurgentes debe ser el objetivo central de la contrainsurgencia. Mantener un alto nivel de moral entre las fuerzas que combaten a los insurgentes exige, en primer lugar, que la tropa crea que está combatiendo una “guerra correcta.” Esto significa que los soldados deben creer que el asunto en cuestión es de vital importancia. Luego, las fuerzas exigen presenciar el progreso en el terreno, en términos de éxitos contra el enemigo. Es crucial que las mismas comprendan las conexiones entre las acciones tácticas y operacionales y entre éstas con la situación estratégica principal.

- **El principio del objetivo.** Este principio antiguo tiene un significado diferente en las guerras de insurgencia. En primer lugar, el objetivo en las contrainsurgencias consiste en no matar a los insurgentes. Para que los insurgentes prosperen, los mismos exigen tener, por lo menos, un mínimo nivel de apoyo popular proporcionado por un porcentaje considerable de personas. Por ende, resulta que el real objetivo de cualquier esfuerzo de contrainsurgencia al nivel operacional es el de aislar a los insurgentes del Pueblo lo cual incluye una dimensión política y física. Las fuerzas de contrainsurgencia, en términos políticos, deben ofrecer al Pueblo tanto un futuro mejor como un gobierno más eficaz que el prometido por los insurgentes. La promesa por parte de los británicos de otorgar independencia a los malayos fue la razón central del por qué la Emergencia Malaya se convirtió en una rara oportunidad de victoria en contra de insurgentes. La misma ampliamente desacreditó las afirmaciones por parte de los insurgentes comunistas de ser los únicos defensores de independencia nacional. Se

PRINCIPIOS DE INSURGENCIA
Moral
Objetivo
Defensivo
Dispersión

deben considerar las medidas llevadas a cabo para aislar a los insurgentes de su base popular como acciones tomadas para reforzar la promesa de un futuro mejor. Aunque el actual objetivo militar consiste en eliminar la fuente de reclutas, inteligencia, fondos, etcétera de los insurgentes, lo político es liberar al Pueblo del terrorismo e intimidación así como establecer el orden público. El sumamente eficaz Programa de Acción Combinada del Cuerpo de Infantería de Marina de los EE.UU. (CAP) es un buen ejemplo.

En consonancia con lo mencionado anteriormente, si no se llevan a cabo operaciones para lograr el objetivo de separar a los insurgentes del Pueblo al principio y de manera uniforme, y se brinda a los insurgentes la oportunidad de integrarse en la comunidad, resultará casi imposible desalojarlos sin causar graves daños colaterales que en torno puede generar un considerable nivel de apoyo popular para los insurgentes.

- **El principio de lo defensivo.** En las guerras convencionales, el objetivo consiste en destruir a las fuerzas armadas del enemigo. Esto enfatiza naturalmente tanto el principio de combate ofensivo denominado el *Vernichtungsprinzip* (principio de destrucción) por Clausewitz. Durante las

insurgencias, matar a insurgentes es meramente un medio para lograr el verdadero fin que consiste en separar a los insurgentes de su base popular. El principio nuevo de lo defensivo es elaborado, paso a paso, de manera lógica. El mismo no rechaza la necesidad de emplear la táctica ofensiva de búsqueda y destrucción *si existe una inteligencia confirmada*. No obstante, la suposición clave operativa es que las fuerzas de la contrainsurgencia principalmente tienen el objetivo de proteger tanto un territorio determinado y sus residentes. El propósito de la contrainsurgencia, en ese sentido, es como el de las fuerzas antisubmarinas durante la I Guerra Mundial. La armada británica, al principio, pretendió vencer a los submarinos (*U-boats*) alemanes al emplear las ofensivas tácticas de búsqueda y destrucción que fueron muy eficaces durante las guerras anteriores, combatidas en la superficie marítima. Cuando fracasó la estrategia ofensiva

y los británicos reconocieron que su objetivo verdadero debe ser el de maximizar la seguridad de su carga marítima, y no hundir a los *U-boats*, se introdujo el sistema defensivo de convoyes.

• **El principio de la dispersión.** Los nuevos principios de objetivo y lo defensivo imponen que la concentración de fuerzas, tan crucial en el campo de batalla convencional, resulta ilógica en el ámbito de las insurgencias.¹⁶ En primer lugar, ha sido demostrado repetidas veces que aislar al Pueblo de los insurgentes exige una estrategia de guarnición—el emplazamiento y expansión paulatina a través de las zonas rurales y áreas urbanas de pequeños puestos militares capaces de brindar un apoyo mutuo y ser muy móviles. Las incursiones por parte de los insurgentes son realizadas por grupos pequeños; en el combate contra un número igual de soldados profesionales, casi siempre pierden. Esto sugiere que se deben establecer puestos avanzados en torno a unidades de tamaño compañía. Los batallones o formaciones superiores resultan ser demasiados grandes, difíciles de manejar y lentos en reaccionar a emergencias. La dispersión de estas unidades debe coincidir con la del mando y control. Uno puede sostener que tal estrategia resultará muy vulnerable durante la tercera y última fase de la guerra popular maoísta—cuando los insurgentes se organizan en ejércitos regulares completos. Al contrario, las

nuevas tecnologías en la esfera de exploración, vigilancia y movilidad refuerzan el argumento a favor de la dispersión por parte de las fuerzas de contrainsurgencia y favorecen la concentración del enemigo.

Principios de guerra tanto ideales como reales

Clausewitz hace una importante distinción entre el fenómeno abstracto de la guerra “ideal” y la práctica de la guerra “real.” El primero existe dentro de un marco teórico en el cual el azar, la fricción y la política no tienen ningún impacto durante el choque de armas. Él sostiene que las “leyes de la probabilidad” determinan los altibajos en la guerra real.¹⁷ Las normas convencionales de la guerra son los principios “ideales” de las FF.AA. norteamericanas; los mismos consisten en las reglas que gobiernan la manera de combatir el tipo de guerra en la cual se destacan los EE.UU. No debemos excluir los conflictos convencionales del futuro, y en tal caso, los “antiguos” principios resultarán sumamente útiles. No obstante, dado el alto nivel de eficacia por parte de los EE.UU. en términos de rendimiento en tal forma de guerra, las leyes de probabilidad determinan que la mayoría de las futuras guerras “reales” serán combatidas en terrenos urbanos pobres empleando métodos no convencionales.**MR**

NOTAS

1. Salvo las indicaciones en sentido contrario, el término “principios de la guerra” trata con los nueve principios de las FF.AA. norteamericanas: objetivo, ofensiva, concentración, economía de fuerza, maniobra, unidad de mando, seguridad, sorpresa, simplicidad.

2. Tom Holt, *The Walled Orchard* (Londres: Little, Brown and Co., 2001), págs. 346-47.

3. Para leer la historia acerca de la campaña ateniense en Sicilia, véase Donald Kagan, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1981). Los acontecimientos en el olivar murado están contados en las páginas 347-48.

4. Victor Davis Hanson, *The Western Way of War: Infantry Battle in Classical Greece* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1989), págs. 35-36.

5. Kagan, pág. 333.

6. Con respecto al desdén de proyectiles por parte de los griegos, véase Hanson, págs. 15-16.

7. El falange macedonio consiste en buen ejemplo acerca de cómo habría sido inútil por parte de antiguos ejércitos emplear principios modernos de la guerra. Armados con lanzas pesadas y agrupados en cuadradas, era casi imposible vencerlos en una batalla entablada en terreno abierto. Asimismo, las mismas eran incapaces de maniobrar; ni siquiera podía, por ejemplo, lidiar con amenazas súbitas a sus flancos. Se acabó la práctica en el año 168 A.C. en Pydna, Grecia, cuando la misma fue superada, en términos tácticos, por una legión romana más ágil.

8. La influencia de “asimetría de inteligencia” en las operaciones durante la campaña alemana del año 1940 plantea algunas preguntas interesantes acerca de la estabilidad de los principios de la guerra en un ambiente rico en información.

9. Véase, por ejemplo, *British Maritime Doctrine BR 1806*, 2a edición (Norwich, Inglaterra: Her Majesty's Stationary Office, 1999), pág. 229.

10. Para leer un relato breve de la Teoría de Todo, o la “teoría que acaba los demás,” véase Brian Greene, “A Theory of Everything?” www.pbs.org/swgbh/novel/elegant/everything.html.

11. Bernard Brodie, *The Absolute Weapon* (Nueva York: Harcourt Brace, 1946), citado en Lawrence Freedman, *The Evolution of Nuclear Strategy* (Nueva York: St. Martin's Press, 1981), pág. 44.

12. Véase Thomas Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 1962).

13. Dos excepciones iniciales y excelentes son la obra de C.E. Callwell *Small Wars—Their Principles and Practice* (Londres: Her Majesty's Stationary Office, 1899) y la del Cuerpo de Infantería de Marina de los EE.UU. *Small Wars Manual*, publicada inicialmente en el año 1940.

14. Richard L. Clutterbuck, *The Long, Long War: Counter-Insurgency in Malaya and Vietnam* (Nueva York: Frederick A. Praeger, 1966), citado en Robert B. Asprey, *War in the Shadows: The Guerilla History*, volumen 2 (Nueva York: William Morrow and Company, Inc., 1994), pág. 788.

15. Esto consiste en uno de los temas en la obra de Gil Merom, *How Democracies Lose Small Wars* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 2003).

16. Asprey, pág. 787.

17. La discusión de Clausewitz con respecto a la guerra “ideal” y “real” está en el Libro Primero en *De La Guerra*. Véase la versión editado y traducido en inglés por Michael Howard y Peter Paret (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1976), págs. 75-89.